

# LOS RÍOS LEONESES SE MUEREN

Juan Manuel Sandín Pérez

*“En un principio fueron el río, el viento que mueve los altos chopos y la Tierra de la Ribera, que es una tierra antigua y maternal, y que fue, acaso, la tierra del primer día de la Creación”*

Juan Carlos Villacorta



La familia del autor retratada en uno de los domingos fluviales leoneses, hace unas décadas.

Leí hace unos meses un titular en un periódico y el corazón me volvió a dar un vuelco. Era escueto pero tajante a la vez: “Los ríos leoneses se mueren”.

Al momento me vinieron a la cabeza dos o tres recuerdos sueltos de jornadas en las que yo mismo comprobé lo que se sentirá en el paraíso si es que existe. Todos tenían un elemento común: se situaban en la provincia de León y un río los cruzaba.

En uno de esos recuerdos, el protagonista era un salvaje y selvático río Oza en los apartados valles de esa *Tebaida Berciana* que San Fructuoso y san Genadio eligieron para olvidarse del mundo y encontrarse con ellos mismos. Era una mañana de otoño, el río murmuraba a través de las choperas de dorado follaje mientras caía una fina lluvia. Durante las horas que duró el paseo no experimenté un solo momento de soledad: me sentí acompañado por el fluir del río entre las piedras.

En otra ocasión fue un Boeza caudaloso, escoltado por una selva de humeros, sauces y álamos, entre Igüña y Folgoso de la Ribera, el que me hizo sentir afortunado por haber nacido en esta tierra. Estábamos en primavera y, unas aguas transparentes, el canto de decenas de pájaros y la compañía de mi madre, a la que convencí para que viniera conmigo, fueron suficientes para hacer aquel día especial. Me bañé, y hasta pude contemplar una de las “joyas” de nuestros ríos “vivos”: el martín pescador, ese pájaro que es como un pequeño relámpago azul entre el verdor de las orillas, que casi nunca se deja ver más

de un instante, fugazmente, como ocurre con todo lo bello. Me di cuenta entonces que era yo el extraño en aquel mágico mundo.

Al otro le faltan ya algunas esquinas, lo mismo que a las viejas fotografías, como diría Julio Llama-zares. En él aparecemos mi padre, aficionado a la pesca, y yo, que no tendría por entonces más de cuatro o cinco años. Era una de esas jornadas de pesca veraniega en el Órbigo, río truchero por excelencia. Por aquel entonces no había muchos entretenimientos y la televisión aún no “atrapaba” a las personas en sus casas.

Los fines de semana raro era el domingo que la familia al completo no cogía la tortilla, la nevera portátil y la tumbona, y se iba a pasar el día al río, que era el eje alrededor del cual giraba el ocio de todos. Mientras las mujeres se quedaban charlando sentadas en la hierba, los hombres se dedicaban a tentar a la suerte con un anzuelo. En mi recuerdo aparece mi padre lanzando el sedal de su caña con el agua por las rodillas mientras yo, en la orilla, me dedicaba a capturar uno de esos insectos llamados *zapateros*, que navegan por la superficie del agua con las patas extendidas como si patinaran sobre ella.

Continué leyendo el artículo del periódico. Venía a decir que la extracción de cantos rodados para la construcción; los vertidos contaminantes; el excesivo aprovechamiento energético mediante minicentrales hidroeléctricas de gran impacto; la construcción de carreteras y autovías, que a menudo tienen que atravesar el cauce en varias ocasiones; los descuidos de la gente que acude a disfrutar a ellos... están acabando con la vida de los ríos de León. Y

nadie hace nada para evitarlo. Las orillas se quedan peladas, sin vegetación; los fondos se cubren de barro y lodo sin piedras que los protejan; las nutrias, las truchas, los martines pescadores, por no hablar de otras muchas especies, se extinguen; y los leoneses, con esa pasividad incomprensible, dejamos que esto continúe.

Sólo las voces de los pescadores y de aquellos que un día encontramos la felicidad en los más de dos mil kilómetros fluviales que tiene la provincia de León, alzamos nuestra ya afónica voz para que estas barbaridades acaben y todos nos involucremos en la defensa de un ecosistema que desaparece<sup>1</sup>, para que las autoridades competentes o quien corresponda sigan el ejemplo de otras Comunidades que miman sus ríos, los conservan limpios, y los tratan con ese respeto que sólo procura quien sabe que su futuro como especie y como persona está en la naturaleza, y sólo en ella.



Aspecto de un río en los Montes de León, cuyo tramo alto está considerado como uno de los mejor conservados de la Península. Foto: Pablo Pérez

“Y entre tanta hermosura rebosa el río, corre, relumbra entre los troncos, abre su cuerpo al sol, sus brazos cristalinos, sus gargantas sonoras.

(...) Aquí en estas riberas donde atisbé la luz por primera vez dejo también el corazón.”

ANTONIO COLINAS

<sup>1</sup> Según un estudio de la SEO (Sociedad Española de Ornitología), sólo se conserva el 2% de los bosques de ribera autóctonos que tenía la Península hace unas décadas, y los ríos están cada vez más contaminados.